

fiestas de guardar. » En efecto, puesto que la misa no se dice más que en las iglesias, es á ellas que nos há mandado asistir, por lo menos, los domingos y fiestas de guardar. Así el mandamiento de frecuentar las iglesias es formal y cierto, y no se puede dispensar de él sin desobedecer expresamente á Dios<sup>1</sup>.

1. Dios há querido siempre que el hombre fuera á tributarle los homenajes que le son debidos, en los lugares consagrados y afectos de una manera especial á su culto. La historia nos muestra por todas partes y siempre el templo, con el sacrificio que en él es ofrecido, cómo un elemento esencial del culto publico... Si, en el origen, no vemos todavía edificio sagrado, porque entonces la religion no existia más que en estado de sociedad domestica y que el culto se hacia en familia, vemos, por lo menos, un terreno consagrado, un cercado divino. El paraíso terrenal era cómo un templo en el cuál Dios habia concentrado todo lo que la naturaleza tenia de más propio para élevar el corazón del hombre hacia el Autor de tantas maravillas, y en medio del cuál se encontraba el arbol de la vida que tenia una virtud sobrenatural. Abel, Cain y Noé ofrecen sacrificios, este ultimo ciertamente sobre un altar, sobre una construccion artificial que era cómo el comienzo de un templo, pues el templo que se refiére enteramente al altar no es más que el desenvolvimiento, ó si quereis mejor, la extension del altar que es el centro?... Cuándo el pueblo Judío está errante, nomada, porque no há tomado posesion del suelo afortunado que Dios le há destinado, tiene un tabernaculo movil que, por ser cómo una tienda que se levanta por la mañana y que se fija por la tarde, no es un templo en el estado en que podia entonces existir, un templo portátil?... Pero há llegado el tiempo en el cuál el pueblo judío, despues de haber errado por el desierto, debe por fin entrar en la tierra prometida, tomar posesion de ella y fijarse. Al momento Dios ordena que se le construya en Jerusalem un templo, un edificio sagrado que será por su vasta extension, su riqueza y su esplendor, el primer edificio de Jerusalem y del universo... Por éso mismo que Dios quiere ser adorado por su pueblo en un templo, es inutil repetir, porque caen por si mismas, estas palabras vacias, á fuerza de ser repetidas, de que Dios, por su presencia, abraza el universo, que nos escucha en cualquier lu-

Por lo demás, aun cuándo Dios no nos hubiéra hecho este mandamiento, su deseo de vernos frecuentar las iglesias no estaria menos manifiesto. Porque, lo repito y vosotros lo sabeis, Dios há que-

gar que élevemos la voz, que el incienso de la oracion puede de todas partes subir á su trono ; todo esto desaparece ante este hecho que Dios quiere que su pueblo vaya adorarle á Jerusalem en su casa : *Jerosolymis est locus ubi adorare oportet*. Joan. iv. 20 ; Deut. xii, 5... Jesucristo viene al mundo ; es él mismo el más hermoso templo que haya sido habitado jamás por la Divinidad, puesto que su humanidad, en dónde el Verbo reside, es la obra modelo de las manos del Todopoderoso.... Templo por completo cómo es él mismo, Jesus, aunque haya dicho, aunque haya anunciado que se adoraria en adelante á su Padre en espíritu y en verdad, es decir, no á través de las sombras y de las figuras de la ley y que son verdaderos adoradores lo que necesita, Jesus se muestra un asiduo frecuentador del templo ; vá á él á escuchar la palabra de los doctores, y á dar á Dios el culto que estaba prescrito por la ley mosaica ; despues, prescribiendo con su ejemplo la forma bajo la cuál quiere que sea celebrado el nuevo sacrificio de su cuerpo y de su sangre, lo instituye en un sala espaciosa, adornada, cómo nos lo enseña San Marcos, xiv, 15, y que, por la presencia del Salvador y la celebracion del misterio Eucaristico, es cómo un oratorio ó una capilla. — Apenas há subido al cielo se vé, bajo la direccion de los apóstoles que han sido formados en su escuela y que le representan, el templo cristiano aparecer, en la medida posible. Nadie duda que, desde el origen, haya habido domicilios religiosos para el culto. Al principio, son salas dispuestas en el interior de las casas para servir de oratorios, de lugares de reunion, testigo lo que nos dice San Lucas hablando del cenaculo en dónde los apóstoles perseveraban en oracion con las mujeres, con Maria madre de Jesus y sus hermanos. Act. I. 13 y 14 ; xix, 9 ; xx, 7. Testigo lo que nos dice San Pablo sobre las reuniones de los fieles en la iglesia, sobre el orden y la disciplina que deben reinar y á los cuáles opone, tan distintas son, las reuniones en las casas particulares. I. Cor. xi, 21, 22 ; xiv, 34, 35 ; Colos. iv, 16 ; Hebr. x, 25.... No se puede exigir vastos monumentos, suntuosos edificios, en una época en que el Cristianismo, lejos de ser reconocido cómo una institucion publica, estaba expuesto á ataques de todo genero, y véia al infierno desenca-

rido establecer aqui bajo su residencia, y es en las iglesias que la há fijado. — Luego, si Dios há juzgado á proposito obrar así, évidentemente no puede ser para permanecer solitario en el tabernaculo; es por el contrario, á no dudarlo, para que podamos más facilmente presentarle nuestros homenajes, invocar su asistencia y recibir sus favores. Pues bien, si estima vernos á sus pies, adorandole, alabandole, dandole gracias, rogandole, y es una de sus ale-

denado suscitarle persecuciones continuas. Pero estas persecuciones, no impedian á los fiéles tener lugares designados, para honrar al verdadero Dios, para participar de los misterios de su Cristo y conformarse así con la enseñanza divina. Errantes, fugitivos y obligados á confiar su religion al silencio y á las tinieblas de la noche, créan templos en los bosques, en los desiertos, en las prisiones, en los cementerios subterranos en dónde enterraban los muertos, y que eran llamados criptas ó catacumbas, en los antros, en las cavernas, en las grutas, en los lugares retirados é inaccesibles en dónde podian escapar á la inquisicion de sus perseguidores. Qué dire? Transformaban en templos los establos, las granjas, las cárceles, los barcos, las salas de baños, tan persuadidos están que el templo es querido por Dios, cómo un elemento esencial de la religion. — Apenas los cristianos, despues de haber tomado réalmente posesion del mundo, lo han hecho oficialmente, á ejemplo de los Judios, despues de entrar en la tierra de promision, construyen, bajo el impulso de Dios y de sus sacerdotes, nó un templo unico, sinó numerosos templos, espaciosos y dignos de la majestad de Dios, tanto cómo el genio del hombre les permitia serlo, para que se pudiésen reunir todos los fiéles, desplegar todas las pompas y todas las magnificencias del culto, poner ante los ojos todas las riquezas del simbolo catolico.... Desde entonces, os diremos: En presencia de esta voluntad firme de Dios haciendo constantemente salir de tierra templos que le son dedicados, no debeis, para acceder á su voz, para cumplir á la vez, yá con vuestra naturaleza, yá con el Autor de la misma, tomar el camino del templo para adorar á Dios all en dónde quiere entrar en comunicacion con vosotros, para recibir sus beneficios alli en dónde los reparte?.... (*Berseaux, Domingos y fiestas, tomo 2. c. 8.*)

grías, cómo él lo manifiesta, encontrarse en medio de los hombres<sup>1</sup>, nuestro deber no es ir á visitarle á los lugares en dónde nos espera? Ah! que otros corran, si esto les place, á los palacios de los grandes, y á lugares en dónde se distribuyen los bienes y los placeres del mundo. Son ciegos y desgraciados, dignos de nuestras piédad. Pero en cuanto á nosotros, no hagamos á Dios el ultraje de abandonar tambien sus altares. Séamos, por el contrario, tanto más asiduos cuánto más se alejan los demás: Dios será otro tanto más generoso para con nosotros<sup>2</sup>.

1. Prov, VIII, 31.

2. Amar la Iglesia es frecuentarla, aunque fuese necesario, para cumplir con este deber, sufrir algun trabajo y vencer algunos inconvenientes. Sobre este punto, ay! cuántas hijas de Sion deberán avergonzarse por su conducta sensual y de molice, por las ridiculas y culpables contradicciones en su manera de obrar! Cuántas personas, cristianas y creyentes sin embargo, despliegan menos energia, muestran menos fervor por el Dios inmortal, por el divino Esposo de nuestras almas, que por sus mundanos placeres! Cuántos fiéles tambien tienen doble lenguaje, doble manera de ver y de conducirse, un lujo en fin de contradicciones en presencia de estos dos dueños que se dividen las almas: Dios y el mundo! No es esto la verdad? Para el mundo y para sus placeres, el invierno frio de nuestras calles, la estufa de los salones, la distancia de las citas, las veladas pasadas en la mesa, en el juego, en el teatro, en el baile, las torturas físicas de excesos obligados, excesos en el regimen de vida, excesos de insomnio, todos estos peligros no turban yá, ni los nervios demasiado irritados, ni el temperamento demasiado delicado, ni la fatiga abrumante: se ama el mundo, y el amor hace olvidar todas las penas! Pero, en cambio, se trata de Dios y de su casa? las constituciones se encuentran debiles, enfermas, impresionables; se acusa yá la frescura de las bovedas, yá la intemperie de las estaciones, yá la duracion de los divinos oficios, yá la abundancia de las instrucciones santas, yá la frecuencia de nuestras piadosas reuniones, como si la conversacion con Dios no procurara más que

Llego á la segunda razon que tenemos para frecuentar las iglesias, nuestro propio interés. En efecto, Dios es bueno hasta este punto, que pide un poco para dar un mucho. Es muy evidente, en efecto, que es mucho menos por él mismo que por nosotros, que nos invita y nos manda frecuentar las iglesias. Para él, en su palacio del cielo, nada falta á su dicha, y no tiene en modo alguno necesidad de nosotros. Pero nosotros, en la tierra, tenemos sin cesar necesidad de él y de sus gracias, y es precisamente en las iglesias que nos las concede. Véd primero. En dónde regénera, por el Bautismo, nuestra alma degradada y muerta en Adán? en nuestras iglesias. En dónde nos comunica su Espiritu Santo, con la abundancia de sus dónes preciosos? en nuestras iglesias. En dónde ilustra, por la palabra de sus sacerdotes, á las generaciones sucesivas de los cristianos? en nuestras iglesias. En dónde las alimenta con pan superior á todas las sustancias créadas, y que no es otra más que su propia divina carne? en nuestras iglesias. En dónde renueva diariamente hasta la consumación de los siglos, de una manera mistica, por la salvacion de los hombres, la sangrienta inmolacion del Calvario? en nuestras iglesias. En dónde levanta, para los pecadores, tribunales de perdon? en las iglesias. En dónde nos hace comprender mejor, acogiendo á todo el mundo sin distincion de clases ni de personas, que todos nosotros somos hermanos, y que, por consiguiente, nos debemos ayudar? en la iglesia?.

amarguras, cómo si el trato con Jesus no tuviéra más que enojos! *La Tribuna Sagrada*, 17. an. 1<sup>er</sup> trimestre pag. 432.

1. Mientras que los fastuosos palacios de los grandes se construyen con tantas precauciones que ponen un muro de separacion entre ellos y el comun de los mortales, la casa de Dios, el palacio de la Divinidad, se eleva abierto para todos. Qué accion á la vez moral y social, divina y humana, natural y sobrenatural, no ejerce Cristo en el templo sobre el mundo! « Apareced, exclamaba un orador celebre, apareced, tristes victimas de la verguenza y de la indigencia, pobres degradados por el desprecio y la humildad de vuestro estado, venid cerca de nuestro Dios, tomad vuestros derechos y vuestro rango; en vano las barreras insultan-

Si, nuestras iglesias son el lugar en dónde Dios distribuye sus más preciosas gracias, y nos dá sus más utiles lecciones. Desde entonces, quién no comprende cuán ventajoso nos es frecuentarlas? En efecto, frecuentandolas, no se puede carecer de ninguna de las cosas esenciales para la salvacion, y generalmente tambien, de ninguna de las cosas necesarias para la vida temporal. Pero por el contrario, quién no comprende, al mismo tiempo, cuán funesto es abandonar y huir de las iglesias, puesto que por éso mismo se pone en el caso de no recibir ni las cosas necesarias para la salvacion, ni tampoco para la vida presente? No es verdad que es un deber para todo hombre comer y vestirse, para conservar su salud y évitár las enfermedades? Pues bien, no lo es más imperioso todavia frecuentar las iglesias, puesto que sin esta frecuentacion se priva de todos los bienes y se expone á todos los males?!

tes del lujo y del orgullo os separarán de vuestros hermanos; excluidos con desden de las casas de los demás hombres, Dios os llama á la suya. Aquí, todos son iguales, y el rico en la casa de Dios no tiene, cómo Lazaro, más que el privilegio de pisar las cenizas de sus padres, de ver á su Dueño y de reconocer su ultimo fin. *Simul in unum dives et pauper*. Allí, Macabeo triunfante va á deponer el orgullo de la victoria, y el héroe, el rayo de la guerra, no es más que un simple Israelita. Allí, Teodosio humillado y confundido, no es más que un pecador que cubre su diadema bajo la ceniza, y el penitente há éclipsa al monarca. Al pie del altar, por ultimo, desaparecen todas las grandezas de la tierra, y el templo encierra á la vez, yá el trono de la grandeza de Dio yá el sepulcro del orgullo del hombre. » Cambacéres. *Respeto á los templos*, tom. 2. pag. 360. (Berseaux, loc. cit. n<sup>o</sup> 4.)

1. El protestantismo primitivo, apesar de sus odios y de sus furoros contra la Iglesia y el Pontificado, no atacaba más que cierto numero puntos de la doctrina catolica, habia conservado lo que se há llamado los puntos fundamentales. El desertor del templo, por el hecho mismo y por el solo hecho de su desercion, protesta contra el conjunto del Cristianismo. Protesta contra Dios que quiere el templo, y para quién no hay ultraje más sensible que el de verse abandonado y dejado allí mismo en dónde desea más vivamente atraer á su pueblo, y en

Y esto es cierto, no solamente de los individuos tomados aisladamente, sino tambien de las mismas sociedades. Porque estas están compuestas de individuos. Si, pues, los individuos son buenos y dichosos por la frecuentacion de las iglesias, las sociedades lo serán por éso mismo; pero, por el contrario, serán malas y des-

dónde, para atraerle, se hace personalmente presente, tan celoso es de los homenajes que se le tributa en su casa. Protesta contra Cristo en la eucaristía, puesto que habiendo fijado su presencia en medio de nosotros, es para él, sino el Dios desconocido, por lo menos un Dios despreciado. Protesta contra el altar, puesto que no va ya á asistir al sacrificio que es ofrecido. Protesta contra la santa mesa, contra la comunien, por la cuál Dios se comunica con el mundo, y la criatura debe obrar para acercarse á Dios y comunicar con él. Protesta contra el sacerdote, con el cuál no se pone en relacion. Protesta contra el pulpito, cuyas enseñanzas no vá á escuchar, préfiriendo la hueca y loca sabiduria del mundo. Protesta contra su Bautismo, puesto que no hace ya publica profesion del Cristianismo á lo cuál se habia obligado por juramento. Protesta contra el templo mismo, haciendo más que profanarle, puesto que trabaja tanto cómo puede para destruirlo, atendido que si todos siguieran sus pasos, el templo abandonado caeria muy pronto en ruinas. Por consecuencia, secunda á los perseguidores, los heréjes, á los revolucionarios, que, con el hierro y el fuego en la mano, destruyen é incendian los templos; hace la obra de Satanás, que animaba y excitaba á estos incendiarios y demolidores, y les inspiraba atacar al templo con tanto más furor cuánto más sabe que Dios le aprecia, sea porque es del templo que saca él su gloria, sea porque es en el templo sobre todo que salva las almas. En fin, el desertor del templo, cómo consecuencia del atéismo practico al cuál se reduce, protesta contra el Cristianismo practico, mucho más que los protestantes primitivos; protesta contra sus propios intereses, y, al privarse de todos los bienes, no se sacrifica á todos los males? — Desde entonces le dirémos con censura: Oh! desertor del templo, qué ceguedad es la tuya! Tu crees ser solamente el enemigo de Dios, pero lo eres tambien y ante todo de ti mismo, puesto que no hay dicha posible más que por la posesion de los bienes que vienen de Dios y de su casa. (Berseaux, loc. cit.)

graciadas, si los individuos de que se componen se han hecho malos y desgraciados por su abandono de las iglesias<sup>1</sup>.

1. Si la desercion del templo hace la desgracia del individuo, la hace tambien de la sociedad. Un pueblo que ataca sus templos, ataca al Eterno mismo, ataca á todas las luces y á todas las fuerzas que de él emanan, ataca á su razon de ser; y, desde entonces, reducido á sus tinieblas y á su nativa debilidad, vacio de todo porque él está vacio de Dios, no puede más que descomponerse lentamente, hasta que perezca de inacion para desvanecerse pronto cómo polvo. Quieréis una prueba experimental y reciente de esta verdad? Véd el final del ultimo siglo en Francia, y lo ocurrido en España, en menor escala, en el actual. El hierro en una mano y la antorcha en otra, hombres vomitados por el infierno, atacaban los templos y los asolaban é incendiaban; inmolaban al sacerdote al pie de los altares y enrojecian con su sangre el atrio sagrado; celebraban sus saturnales en los altares; la entrada de las iglesias, prohibida á las virtudes desconsoladas, estaban abierta al vicio triunfante, al audaz blasfemo, á la infecta lujuria para la cuál la santidad de la casa de Dios no es una barrera, qué aconteció luego? La guerra civil estalló, se levantaron los cadalsos, los hombres se deguellaron, la muerte dominó, la sangre corrió abundantemente, la sociedad vaciló en su base, porque no permanecia ya apoyada en las columnas del templo y, para escapar á los males causados por la clausura, la profanacion ó la demolicion de las iglesias, fué preciso abrirlas nuevamente, purificarlas ó reconstruirlas: tan cierto es que la justicia es quién levanta á los pueblos, y, por consecuencia, á la religion que es una parte de la justicia, la justicia respeto á Dios, cómo la justicia á su vez es una parte de la religion. Cuando los templo están vacios, los crímenes se multiplican de una manera asombrosa y las carceles se llenan. Y véd lo que hoy sucede. Muchos cristianos no conocen el camino del templo, prefiriendo el camino del vicio. Qué sociedad más vacilante que la nuestra! Qué desarreglo en las inteligencias, victima de todos los sofismas! Qué movilidad en las opiniones que se empujan, inestables cómo las olas del Oceano! Qué desorganizacion en las instituciones las cuáles, bajo un formalismo que engaña, carecen de espíritu y de vida! Qué ligereza en las costumbres publicas! Qué corrupcion en los hábitos del pueblo! Qué rabia entre los partidos que desgarran la santa unidad de la pa-

Así, séa que nos consideremos cómo cristianos, séa que nos contraía! No se vá á las iglesias á adorar á Dios, qué sucederá? Desde que se hán desdeñado las fiestas del Señor, la sociedad há llegado ser mejor y más feliz? No se abre, por el contrario, el abismo que asusta y hace retroceder asustado á la vista de sus profundidades? Sin duda, no admiten semejantes consideraciones estos espíritus refinados que forman la flor de la filosofía del día, cuya sabiduría consiste en aturdirse, y que predicán que todo vá bien y que estamos en el mejor de los mundos posibles, y que la sociedad está tñn prospera cómo no lo há estado nunca. Lo que hay de más cierto en sus apreciaciones es que nadie los cree y que frecuentemente no se creen ellos á si mismos. Dígámos, pues, con un orador sagrado que, por no ser contemporáneo, no tiene menos mérito: « De todos los bienes y de todos los males que su providencia nos envía, Dios há querido que su templo fué debate considerado cómo la causa y el origen. Es de aquí que parten, yá los fecundos rocios que producen las cosechas, yá la esterilidad que asola los campos; de aquí que él quita y que dá las coronas, que envía á los ejércitos las derrotas ó las victorias, que asusta al mundo ó lo tranquiliza, que salva y castiga, y que salen á la vez, yá las gracias de su amor, yá los rayos de su colera. Y de ahí, este concierto de alabanzas públicas, estas solemnes acciones de gracias por el triunfo en las batallas, por la salvación y la prosperidad de los imperios, y estos estandartes y estos troféos que, suspendidos de las bóvedas, atestiguan que aquí reside la gloria del Dios de los ejércitos, por último, este apresuramiento de los pueblos en los tiempos de calamidades, este aumento de celo y de fervor que los conduce temblando al pie del altar para conjurar el cielo y desviar la tempestad. » Cambacères, *Respeto á los templos*, tomo 2, pag. 361. — Destruíd todos los templos, sus piedras no bastarán para construir cárceles por las cuáles será necesario reemplazarlos. — Quereis una prueba experimental diferente de la prueba contemporánea, en apoyo de esta verdad de que hay correlación entre los destinos de un pueblo y los de los templos? Véd los Judios. Daniel, hablando de los destinos futuros de Israel, nos los muestra unidos á los destinos del Templo. Dice, en efecto, que los reyes le castigarán porque habrá abandonado la alianza con el santuario. Dan. xi, 30. Hé ahí la amenaza; hé ahí el oráculo, la profecía. Se há verificado? Si, á la

sideremos cómo ciudadanos, es para nosotros un deber riguroso

letra, cuando la destrucción de Jerusalén, que sucedió después de Jesucristo, Mat. xxiv, 15, conforme con las palabras de Daniel. El pueblo Judío cayó cuándo su templo cayó, su ruina fué envuelta en la ruina de su templo, y su dispersión comenzó desde que la dispersión de las piedras del templo fué consumada. Cuándo una voz pudo decir: *Desgraciado templo!*, también pudo decir: *desgraciada Jerusalén!* *desgraciado pueblo Judío!* Y cómo la predicción de los males que debían caer sobre Jerusalén, está mezclada con la predicción de los males que precederán, acompañarán y seguirán á la desolación final del universo, la destrucción de sus formas actuales, se puede decir que la ruina del mundo principitará por la de los altares; que llegada la naturaleza á su último día, no será precipitada en las tinieblas más que cómo consecuencia de las tinieblas del santuario; que los astros no perderán su claridad más que cómo consecuencia de la extinción del fuego del tabernáculo; que el mundo, por último, no estará sin habitantes, más que cuándo el templo, abandonado por los fieles, estará sin sacrificio y sin sacrificadores. *Auferunt iuge sacrificium.* Dan. xi. 31. Hé ahí cómo Dios se interesa por su templo, hé ahí cómo le vengá. Por éso mismo que el que lo abandona se priva de todos los bienes que en él están contenidos, se atrae todos los males que son la continuación inevitable y fatal de la privación de estos bienes. Repudiando la religión cristiana, que está condensada en el templo, se vé obligado á refugiarse en lo que les es contradictorio, es decir, en el mal, puesto que el Cristianismo es el bien; en las tinieblas, puesto que el Cristianismo es la luz: tinieblas de la sabiduría humana, que no tiene más que sus ideas propias y personales, tinieblas de la filosofía que, desde hace cuatro mil años, há prometido lo que todavía busca, lo que no há encontrado, ni encontrará, no logrando, en el presente cómo en el pasado, más que hacer otras tantas víctimas de los que son demasiado sencillos para creerla; tinieblas de todas las negaciones sobre las cuáles nada se puede construir, puesto que la negación es la nada; tinieblas que se quiere hacer pasar por luz, cómo si Dios fuera filósofo, cómo si Cristo hubiérase cesado de ser cristiano para convertirse en libre pensador. (Berseaux. loc. cit. n. 7, 8 y 9.)

frecuentar las iglesias, por un lado, porque Dios lo desea y nos lo manda, por otro, porque es nuestro interés <sup>1</sup>.

1. *Del amor debido á nuestros templos.* Qué amarémos aquí bajo, si no amamos un lugar en dónde están reunidos todos los monumentos del amor de Dios para los hombres, un lugar en dónde Dios habita personalmente, en dónde nos invita á ir á presentarle nuestras peticiones, con promesa de atendernos? Luego, hé ahí lo que son las iglesias. — 1º Allí están reunidos todos los monumentos del amor divino, y las pilas bautismales que, al regenerarnos, nos han hecho hijos de Dios, hermanos de Jesucristo, herederos del cielo; el pulpito de dónde baja la palabra santa á nuestras almas para hacer brotar todas las virtudes; el tribunal de la misericordia que nos vuelve, con la inocencia, nuestros derechos al cielo cuándo los hémos perdido; la mesa santa que nos alimenta con el pan de los angeles; la imagen de Jesus crucificado, memorial de todo el amor; el santo altar en dónde diariamente este Hombre — Dios se inmola por nosotros; las imagenes de la Santa Virgen y de los santos, cuyo recuerdo nos trae á la memoria tántos prodigios de gracia y nos predica tán élocuentemente todas las virtudes. — 2º Es allí que Dios habita. Salomon exclamaba antiguamente: *Es creíble que Dios habite en la tierra entre los hombres?* II Paral. vi, 18. Lo que Salomon encontraba tán difícil de creer, nosotros lo vemos realizado en nuestras iglesias. Allí, Dios tiene su corte á nuestro alcance; la entrada nos está siempre abierta. Podemos, cuando queremos, acercarnos á él, hablarle y oírle, desahogar nuestro corazon en el suyo, sacar consuelos en nuestras penas, fuerza en nuestras debilidades; encontrar un paraíso en la tierra, esperando el paraíso del cielo. Juzguémos de ahí cuánto debemos amar nuestras iglesias. — 3º Es allí que Dios nos invita á ir á presentarle nuestras peticiones, con promesa de atenderlas. Moises decia del antiguo tabernculo: *No hay nacion que tenga dioses tán proximos á ella cómo la nuestra.* Deut. iv. 7. David cantaba, hablando del antiguo templo: *Cómo son amados vuestros tabernaculos, oh Señor! Un dia que pase en ellos vale más que mil años en la sociedad de los malos.* P. LXXXIII, 41. Vos mismo, Señor, deciais de este templo: *Mis ojos se abrirán y mis oidos estarán atentos á la voz del que me suplicará en este santuario.* II. Paral. vii. 15. *Hé élegio este lugar para tener siempre abiertos mis ojos y mi corazon para los que vendrán á suplicar.* —

III. — *Debemos conservar y adornar nuestras iglesias.* — Notémos desde luego que la conservacion y el adorno de nuestras iglesias es para nosotros un grande honor. Dios, lo hemos yá dicho, no necesita nuestras iglesias para él; y ahora podemos añadir que no tiene necesidad tampoco de los objetos con que las adornamos, puesto que estas cosas son suyas, y posee una infinidad que son sin comparacion más bellas. Pero, si Dios no necesita para él que conservémos y adornémos los templos que le consagramos, esto debe ser para nosotros una necesidad hacerlo, y, en todos casos, es para nosotros un grande honor.

Debe ser para nosotros una necesidad sostener y adornar las iglesias. Un hijo biennacido, no siente la necesidad de agradar á su padre, y para esto, conservar y adornar, tánto cómo puede, su casa? Pues bien, nuestras iglesias son la casa de Dios; si le amámos, si le estámos respetuosa y sinceramente unidos, nos será una dulce satisfaccion hacer ó dar lo que podamos, para que nuestras iglesias estén cuidadosamente conservadas en un estado de limpieza, de orden, de decencia y de noble majestad <sup>1</sup>.

*Ibid.* 46. *Alli, yo atenderé de lo alto del cielo las suplicas, perdonaré los pecados y curaré la sociedad enferma.* *Ibid.* 14. Luego, si tán magnificas promesas hán sido hechas al antiguo templo, qué no debemos esperar de las oraciones hechas en nuestras iglesias, delante del trono de gracia que está éregido para hacer encontrar á todos, socorros y misericordia? Jesucristo nos espera, nos llama y nos invita á ir á pedirle con confianza y nos promete escucharnos. Mat. ix, 28. Respondámos á su llamamiento y vayámos con confianza á abrirle nuestro corazon y á esponerle nuestras necesidades. Hebr. iv. 16. Deduzcámos de ahí cuánto debemos amar nuestras iglesias, estos vestibulos del cielo, estos lugares de citas dadas por Dios á su criatura, estos verdaderos paraísos de la tierra. — (Hamon, *Medit.* Fiesta de la Dedicacion. 4, *medit.*)

1. *Pro gladiatoribus palæstræ et amphitheatra, pro senatoribus curiæ et capitoliæ, lycæa pro philosophis, palatia pro mortali principe sine ulla sumptuum pœnitentia avidissime adornantur: et templum in quo requiescit Deus, in situ et squalore jaceat? Contentus quidem ali-*